

Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana

Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana



www.loqueleo.com/ec

© 2023, Santillana

© De esta edición:

2023, Santillana S. A.

Vía a Nayón y Av. Simón Bolívar

Centro Corporativo Ekopark, torre 5, piso 5

Teléfono: 3350 356

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central © Santillana

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-654-7

Impreso en Ecuador por

Primera edición en Loquele Ecuador: Febrero 2023

Texto original: Instituto Santa Mariana de Jesús

Autoría de la adaptación a obra literaria: Mauricio Montenegro

Edición: Nicolás Jara y Andrea Carrillo

Ilustración: Kléber Flores

Diagramación: Fausto Machado Ayala

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo del propietario de la obra.



Mercedes de Jesús, la rosa eterna

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana



loqueleo



Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Índice



Luna	9
La tormenta	17
Nace una rosa	27
La caída	35
Una nueva vida	41
Grandes revelaciones	49
La recuperación	57
Una rosa y una azucena	63
Cambios y viajes	71
Hacia el corazón de la selva	79
La vida en la selva	85
El rosal	91
La despedida	99
Epílogo	111

La Rosa de Baba y Guayaquil	111
Camino de la canonización	115
Acudamos a la intercesión de madre	117
Mercedes de Jesús	119
Instituto Santa Mariana de Jesús	121
Cuaderno de actividades	121

Luna



En el corazón de los Andes, había una ciudad pequeña. Una ciudad en miniatura que crecía lentamente en medio de las altas y negras montañas. Se llamaba Riobamba. ¡Qué frío hacía en ese lugar! Las personas que vivían allí tenían que abrigarse mucho, especialmente en la noche. Y, bueno, ¡cómo no iba a hacer tanto frío, si la población estaba muy cerca de un volcán nevado enorme! Su nombre era Chimborazo y, por suerte, hace mucho que dormía.

En esa ciudad, de calles de piedra, casas de adobe y tejas naranjas, había un lugar en donde vivían muchas niñas. Muchas niñas

y las religiosas que las educaban y cuidaban porque no tenían padres. Era un hogar muy humilde. Pero a las pequeñas jamás les faltaba nada. En ocasiones, las buenas mujeres no comían con tal de que las niñas tuvieran su ración. Allí, además, vivía una gata. Su nombre era Luna. Ella también había perdido a su mamá. Un tiempo vivió en la calle y la pasaba muy mal.

Un día, una mujer volvía del mercado. Era muy conocida en la ciudad. Su presencia solía poner a todo el mundo de buen humor. Y quien la saludaba se quedaba con paz en el corazón. Fue ella quien encontró a la gatita oculta bajo un banco de la plaza. Lloraba del hambre y su pelaje estaba sucio. La mujer sintió que debía ayudarla. Se acercó al animal. Al inicio, la pequeña gata se asustó porque otras personas la habían maltratado. Los pelos de su lomo se pararon de golpe,

parecía una pelotita. ¡Estaba dispuesta a dar pelea!

La mujer no perdió la calma. Nunca lo hacía. Estaba vestida completamente de negro. De pies a cabeza. De su cuello colgaba un crucifijo. Sonrió, dejó sus canastos a un lado y ofreció a la minina un pedazo de carne. Al principio, la pequeña dudó. ¡Pero tenía tanta hambre! Dio un pasito. Luego, otro más. Pronto estuvo comiendo de la mano de su salvadora. Se hicieron amigas rápidamente. La mujer tomó a la gatita y la puso en uno de los canastos.

—Estoy segura de que Jesús te puso en mi camino —dijo con dulzura—. ¡No volverás a pasar hambre ni frío!

Al llegar a casa (todos le decían la Casa Madre), la mujer fue recibida por muchas niñas.

—¡Vengan, mis pequeñas rosas, les tengo una sorpresa!

Las niñas la siguieron muy alegres. Acompañaron a la mujer hasta la cocina. Entonces, de una de las canastas, apareció la gata, que era muy tímida. Las pequeñas empezaron a gritar y saltar alrededor de la mujer.

12



—Vivirá con nosotras aquí. Pero tienen que prometer que me ayudarán a cuidarla —dijo con seriedad.

—¡Claro que sí, madre Mercedes! —prometieron las pequeñas.

Junto con tres de las niñas, le dio de comer un poco más a la gata. Luego, la limpió con mucho cuidado. Todas se sorprendieron por el color de la nueva mascota. Era blanquísima como el ala de un ángel. Como la leche que las niñas tomaban en las mañanas. Como la Luna que a veces iluminaba las noches... Por eso decidieron llamarla Luna. Y la mujer que la encontró no se llamaba Mercedes a secas. No. Su nombre completo era Mercedes de Jesús Molina y era el corazón de esa casa. Dedicaba su vida a servir a Dios y a cada una de las pequeñas que allí vivían.

Niñas en busca de cariño y educación llegaban hasta allí. Mercedes de Jesús las recibía con los brazos abiertos. Cada vez que

lo hacía, sentía que su pecho se llenaba de alegría y paz. Las tareas para ella y para las mujeres que la ayudaban nunca terminaban. Iban de aquí para allá. ¡Ni las hormigas son tan trabajadoras y ordenadas como eran ellas!

- 14 Luna pronto se acostumbró a las reglas de la Casa Madre. Se había convertido en una compañera especial. Cuando Mercedes de Jesús se retiraba a rezar a su cuarto, Luna la acompañaba en silencio. Se quedaba en la puerta y no permitía que nadie entrara a la habitación. Parecía un perro guardián más que una gata. A la hora de la misa, guardaba mucho silencio. No se le escapaba un miau. Parecía saber la importancia de la ceremonia. Cuando la hermana Virginia se dedicaba a cocinar, la gata esperaba con paciencia su desayuno o su merienda. Durante el día acompañaba a las pequeñas.

—¡Te las encargo! ¡Cuídalas muy bien!
—solía decirle Mercedes de Jesús riendo,
cuando tenía que salir de casa.

Luna se tomaba su labor muy en serio. Mientras las niñas jugaban, ella las observaba con atención. Disfrutaba mucho cuando la acariciaban. Solía dormirse en sus faldas mientras hacían la tarea. 15

Por las tardes, a Luna le gustaba mirar hacia la calle desde una de las ventanas altas de la Casa Madre. Por allí pasaban policías, viajeros con sus caballos y campesinos que ofrecían sus productos a gritos: «¡Leche fresca! ¡Verdura y fruta!». Y a veces, Luna también veía cómo una nueva niña tocaba la campana que estaba al lado de la puerta de la casa. Una, dos, tres veces. La puerta siempre se abría. Siempre dejaba pasar a quien buscara ayuda.